

CHUAQUI, Carmen, *Grecia en tres tiempos*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Filológicas (Colección de Bolsillo, 26), 2005, 133 págs.

Con un título sugerente, Carmen Chuaqui invita al lector a pensar en Grecia de una manera distinta, no sólo como la cuna de filósofos y literatos ilustres, sino como un lugar que posee una larga historia y que ha sabido, pese a todas las vicisitudes, conservar sus tradiciones.

El libro *Grecia en tres tiempos* está conformado por tres ensayos, que originalmente fueron conferencias que la especialista pronunció en distintos recintos universitarios. Como el nombre de la obra lo indica, cada uno de los textos se concentra en un período determinado de la historia griega. De esta forma, aparecen la Grecia antigua, bizantina y moderna en el mismo volumen. Cabe resaltar que la autora subraya que, con fines de estudio, podemos dividir el devenir griego en diferentes etapas, pero no debemos olvidar que, para comprender lo que pasa en cada una de ellas, hay que tomar en cuenta sus cuatro mil años de existencia (p. 6).

A continuación menciono brevemente el contenido de esta obra.

“Los griegos y sus enemigos como personajes literarios” es el primer capítulo donde la estudiosa describe cuál era el concepto de un buen griego en la época antigua, es decir, qué atributos identificaban a una persona como helena y no como enemiga o extranjera.

PALABRAS CLAVE: historia griega, Grecia antigua, Grecia bizantina, Grecia moderna, literatura griega.

RECEPCIÓN: 15 de febrero de 2007.

ACEPTACIÓN: 29 de marzo de 2007.

Chuaqui rastrea en Heródoto una descripción de las características que compartían los pueblos de la Hélade, según la cual tenían en común: la misma sangre (*homaimón*), la misma lengua (*homó-glosson*), religión (*theōnhidrymata te koiná kaí thysíai éthea*) y la misma cultura (*homótropa*) (cf. p. 16). Conforme pasó el tiempo, a las cualidades mencionadas por el historiador se unieron cuatro virtudes que constituían a un verdadero “griego”: la *sophía* (sabiduría y astucia), la *andréia* (valor), la *sophrosýne* (sensatez, mesura, templanza) y la *dikaíosýne* (el sentido de justicia). Una quinta virtud fue muy valorada sobre todo en períodos de guerra: la *peitharchía* (obediencia o disciplina) (p. 16).

Después de enumerar las cualidades que un buen griego debía reunir, la investigadora aborda desde esta óptica cómo fueron concebidos los “otros” en varias obras literarias. La primera en ser analizada es la *Ilíada*, considerada por Chuaqui “una recreación lúdica de la guerra” (p. 23): en ella aparecen unos adversarios que no diferían mucho de los griegos, por el contrario, compartían los mismos elementos culturales.

Más tarde, al continuar la lectura, es en los rivales por antonomasia de los helenos en quienes encontramos una distinción categórica entre el “otro” y el griego. De este modo, en *Los persas* de Esquilo descubrimos a unos personajes claramente identificados por tres elementos: ostentación de la riqueza, afeminamiento y su calidad de *bárbaros*, a causa de su lengua y etnicidad, éstos serían los atributos de los forasteros (pp. 30-31).

Tras aludir a la lucha contra los troyanos y contra los persas, la autora centra su atención en las disputas entre los mismos griegos. En este sentido, *Los siete contra Tebas* de Esquilo y *Las fenicias* de Eurípides permiten a la ensayista proseguir con su análisis y concluir que los distintos conflictos armados plasmados en los textos literarios demuestran que “los contendientes no quisieron reconocer los límites entre lo que era suyo y lo ajeno [...], y todos acabaron teniendo menos de lo que antes tenían” (p. 55).

En “Las tres religiones del Imperio Bizantino” Carmen Chuaqui aborda el período medieval. Coincido con la escritora en que es casi imposible pensar en la historia bizantina sin asociarla con la religión, pues era la pareja inseparable del Estado (p. 59). De acuerdo con lo anterior, en este apartado expone de manera concisa los orí-

genes de las religiones que convivieron, e incluso se influyeron, a lo largo de esta etapa, a saber: el culto a los dioses olímpicos, el cristianismo y el islam. Dos cultos monoteístas y uno politeísta.

Desde su perspectiva, la creencia olímpica, caracterizada por su eclecticismo, no tenía un cuerpo de doctrina unificado; además, fue la primera en desaparecer ante el surgimiento y auge del cristianismo. Para la especialista es importante señalar que la tolerancia fue una de las cualidades del culto olímpico, pues, al ser incluyente, no tuvo la necesidad de combatir contra otros pueblos para convertirlos a una religión “verdadera” (p. 62).

Al referirse al cristianismo Chuaqui trata varios puntos relevantes, entre los que destacan: 1) la evolución de éste y su injerencia en la política imperial, 2) la destrucción del paganismo, y 3) las diversas disputas teológicas. En primer lugar la estudiosa sostiene que en el siglo III comenzó una pugna entre paganismo y cristianismo, el Imperio Romano estaba debilitado y enfrentaba las invasiones de pueblos bárbaros. hacia el 324 Constantino se convirtió en emperador absoluto y gobernó desde la parte oriental del imperio. Con este personaje el cristianismo adquirió un papel importante, primero fue tolerado y después se transformó en la religión de Estado (pp. 63-65).

En el segundo punto, la especialista destaca cómo en la medida en que el cristianismo cobraba importancia el paganismo sucumbía, siendo el emperador Juliano el Apóstata (361-363) quien intentó reimplantar a los dioses antiguos, pero, para la investigadora, lo único que consiguió fue acelerar su decadencia (p. 68). Posteriormente, describe el proceso mediante el cual, paradójicamente, con la derrota del paganismo comenzaron las disputas al interior del cristianismo, ya sea al definir la naturaleza de Cristo, al poner en tela de juicio la importancia de la virgen María o al referirse a la veneración de imágenes. En consecuencia, las discrepancias dieron origen a la creación de dos iglesias: la ortodoxa y la católica romana.

La tercera religión abordada por Chuaqui es el islam. Relata brevemente cómo fue el desarrollo de ésta y reconoce que los árabes “no llevaban consigo una gran cultura, pero estaban ávidos por aprender lo mucho que les podían enseñar las dos grandes civilizaciones que habían conquistado: la persa y la bizantina” (p. 83).

Además, tuvieron la capacidad de llevar a la práctica los conocimientos que los bizantinos habían atesorado con afán meramente anticuario (p. 86).

El último ensayo se titula “Travesía poética”. Allí la estudiosa nos brinda la valiosa oportunidad y la grata experiencia de tener un primer acercamiento con varios escritores griegos modernos, tales como Odysséas Elýtis (Premio Nobel de literatura 1979), Yórgos Seféris (Premio Nobel de literatura 1963), Ánguelos Sikelianós, Constantino Caváfis y Dionisos Solomós. De esta manera, gracias a la selección de pequeños fragmentos presentados en su lengua original y su correspondiente traducción al español, la autora hace hincapié en que la tradición poética griega ha estado vigente a lo largo de los siglos. A modo de ejemplo cito estos versos de Odysséas Elýtis:

Τη γλώσσα, μου έδωσαν ελληνική
το σπίτι φτωχικό στις αμμουδιές του Ομήρου.
Μονάχη έγνοια η γλώσσα μου στις αμμουδιές του Ομήρου.

Me dieron una lengua, la lengua griega
—casa empobrecida en las playas de Homero—
y una sola preocupación: mi lengua
en las playas de Homero (p. 112).

En conclusión, considero que el libro *Grecia en tres tiempos* cumple a cabalidad con su objetivo de divulgación y su formato facilita su lectura. El manejo que hace Carmen Chuaqui de la información es claro y erudito, e invita al lector a adentrarse en la historia griega, pues además del estudio de Homero y los clásicos, demuestra que hay una infinidad de aspectos dignos de ser retomados y analizados con detenimiento. En mi opinión, de principio a fin la especialista expone que la identidad griega siempre ha tenido como sello distintivo la lengua griega y ello queda comprobado desde el creador de la *Ilíada* hasta Yórgos Seféris y Odysséas Elýtis, quienes encontraron en su idioma el medio más adecuado para trascender a través del tiempo.

Como historiadora, debo decir que la visión holística de Chuaqui es contundente y acertada, pues afirma que para comprender la historia griega debemos pensar en sus distintas etapas, sin concebirlas

como algo totalmente diferenciado, en otras palabras, hay que percibir las continuidades y las rupturas. También me parece importante destacar que en el segundo ensayo aborda un período poco conocido y poco estudiado en México: la época bizantina. Cabe señalar que si bien en este apartado hay una gran cantidad de datos históricos que a veces pueden resultar densos para el lector no especializado, son vitales para el desarrollo del tema.

En suma, quien lea esta obra realizará un recorrido que le permitirá conocer a grandes rasgos cuál ha sido la evolución de la maravillosa cultura griega, mediante una lectura que, entre otras, tiene la virtud de ser amena.

Anabel OLIVARES CHÁVEZ